

Cuando Carlos Cerda vivía y moría en Berlín



ROBERTO AMPUERO

Ahora que han pasado los primeros aniversarios rendidos a Carlos Cerda y que la noticia de su deceso puede gradualmente perder relevancia en la prensa, quiero recordar los momentos que compartí con él en Alemania Oriental. Lo evoco antes de que la cultura oficial se apodere de su imagen y la difunda a su gusto y conveniencia, y con la esperanza de que ese círculo -que comienza a monopolizar la circulación de su recuerdo y a arrogarse el derecho de seleccionar a quienes deben recordarlo públicamente- comprenda que, por la calidad de su obra, Carlos Cerda no es patrimonio exclusivo de ellos ni de sus políticas, sino de todos los chilenos.

Conoci a Carlos a finales de 1999, en Berlín Este, en una etapa complicada para la izquierda comunista mundial: el régimen de Pinochet se consolidaba, la Unión Soviética invadía Afganistán, Polonia comenzaba a dar muestras de inestabilidad y los líderes de los países socialistas intentaban que jamás pudieran brindarle a su población ni el bienestar económico ni las libertades individuales de Occidente. Retaba desconcierto entre los comunistas, y sólo la victoria sandinista en Nicaragua, el arance guerrillero salvadoreño y la aventura cubana en África les levantaban la moral, aunque esas organizaciones nada tenían que ver con la estrategia histórica de los partidos comunistas latinoamericanos.

Cuando lo conocí, Carlos realizaba un doctorado sobre José Donoso en la Universidad de Humboldt bajo la tutoría del destacado latinista Hans-Otto Dill. Tra-

El rompimiento de Carlos con el comunismo fue más tortuoso y prolongado de lo que sus ex camaradas le reconocen. Su escepticismo frente al socialismo real tardó años en devenir en ruptura. Lo demuestran hechos concretos: escribió críticamente sobre Alemania Oriental sólo una vez que ésta hubo desaparecido, sólo renunció al PC después de haberse reinstalado en Chile.

aba al mismo tiempo como "lector" para algunos editoriales germano-orientales, escribía guiones de radioteatros, leía con pasión libros que no circulaban en Alemania Oriental, asistía asiduamente al teatro y escribía ya su magnífica prosa. No me cabe ninguna duda de que en aquella época era el intelectual chileno más brillante que residía en ese país. Dill, quien es hoy uno de los escasos expertos germano-orientales en literatura latinoamericana que sigue siendo respetado tras la desaparición de la Alemania del Este, constituye una fuente clave e imprescindible sobre esa etapa de Carlos, pues fue su amigo más entrañable, la persona que le abrió las puertas al mundo intelectual berlinés-oriental y que ejerció una profunda influencia en su formación teórico-literaria. Me atreveré a decir que tanto el marxismo no dogmático de Dill como los frecuentes viajes de Carlos a Berlín Oeste se convirtieron en los factores decisivos para su posterior rompimiento con el partido comunista.

Carlos vivía entonces en un pequeño departamento con Eva Grötsch, una muchacha bella y culta, que tenía el aire de ballerina y un rostro mediterráneo. Hablaba el castellano con voz reposada y sugerente, y no era una alemana más, sino la hija del viceministro del temido Ministerio del Interior (MII) de la Alemania del Este. El general Grötsch, funcionario influyente, cultivaba un perfil bajo y desde las sombras manejaba los hilos de una organización que, asociada con la Stasi, espía a millones de personas y controlaba las herméticas fronteras del esta-

do socialista. Pero desde el día en que puse por primera vez un pie en ese departamento, nos entendimos bien con Carlos, y sospecho que esto obedeció a que compartíamos una experiencia similar: yo, entonces ya en desgracia, había estado casado en Cuba con la hija de un funcionario importante y dislocado de los privilegios correspondientes, y él, en Berlín, gozaba de una situación inquietantemente parecida. A menudo Carlos mostraba gran curiosidad por conocer el detalle de mi caída vertical desde la nomenclatura habanera al desgraciado mundo del proletariado cubano, y supongo que, entre bromas y bromas, él, como buen paranoico, se imaginaba seriamente, y con pavor, la posibilidad de su propia ruina.

Obviamente, gracias a los Grötsch, Carlos habitaba el exclusivo mundo de la nomenclatura, lo que le criticaban y le criticaba sólo los resentidos y envidiosos, aquellos que no comprenden que la igualdad social en los países comunistas es sólo un discurso para el consumo ideológico de los incautos e ingenuos, no una realidad deseada y practicada por la dirigencia. Su apartamento se ubicaba en una zona exclusiva, en la que habitaban fundamentalmente funcionarios del régimen, y Carlos contaba con una envidiable visa múltiple que le permitía viajar libremente a Occidente, con un escarabajo Volkswagen, modesto para los estándares de Europa occidental, pero un "Jaguar" en un mundo donde se esperaba siete años para adquirir un modesto automóvil fabricado por la lamentable industria comunista.

En los días en que lo conocí, yo acababa de terminar un curso de un año sobre política internacional en una misteriosa escuela oculta entre bosques de alerce al norte de Berlín Este, que adiestraba a revolucionarios venidos de todo el



De hambre murió poeta Julio Arriagada Augier. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De hambre murió poeta Julio Arriagada Augier. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile